

El Eco de Cartago

AÑO XXX.—NUM. 8657

DIARIO DE LA NOCHE

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letra. E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg, Mr. C. 168.—Administrador, D. Emilio Garrido López

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION

Jueves 4 Septiembre 1893.

CARTA DE UN EMIGRANTE GRANADINO

(CONCLUSION)

El día 24 amaneció limpio, diáfano. Largaron seis velas y dos focas, los que hinchados, por un viento frío del N, sostenido y fuerte, imprimía á la nave una velocidad de quince millas por hora.

Subí sobre cubierta y aquel aire me despejó la cabeza: había pasado una noche de insomnio fatal. ¡Día de Noche Buena!

En los poquísimos instantes que había dormido, se me representó á mi pobre madre y á mi hijo junto á mí, dedicando los tres un recuerdo de cariño á los seres queridos que habían dejado de existir.

Así es que, permanecía sobre cubierta como un cuarto de hora, y esto por no desatender un corto diálogo que sostuve con uno de los pilotos, á cuya terminación me bajé á la litera mía, en donde pasé el día, siguiendo los recuerdos tristes de mi abatido espíritu. Mil veces envidié á los que se mareaban, pues aunque pasaban la incomodidad, permanecían el día durmiendo ó aletargados.

Los días 25 y 26, fueron fríos, y una espesa niebla nos cubría completamente, en este último.

El 27 se aumentó el frío; era terrible, glacial, no servía el abrigo.

Por la parte de sotavento descubrimos tierra: advertí que el vapor variaba de rumbo indistintamente, y por último dió fondo, depositando sus anclas en el asiento de una especie de ensenada.

Inquirí algunas noticias del sitio en que nos hallábamos, y con estas y los datos obtenidos de una carta geográfica, comprendí que estábamos á la vista del Estrecho de Magallanes.

Serían las cuatro de la tarde. Detuvo el comandante la marcha á fin de que no nos sorprendiera la noche en el citado estrecho.

Al día siguiente, ó sea el 28, continuamos el interrumpido derrotero, internándonos ya en las aguas del Estrecho.

La temperatura descendía cada vez más; el frío se hacía insostenible y entre cuatro y cinco de la tarde dió fondo otra vez la nave en las mismas aguas.

A derecha é izquierda se veía un terreno laculto, de color rojizo, desarbolado y despojado por consiguiente de vegetación. Multitud de cuervos marinos se precipitaban con sus grandes alas sobre las crestas de las olas, buscando su habitual alimento.

En las primeras horas de la mañana del día 29, marchamos y á las pocas horas dimos vista á Punta Arenas y á Punta Virgen.

Al doblar el cabo descubrimos y entramos en el pequeño puerto de una población de escaso vecindario, donde ancló, pero sin saltar á tierra más que una familia que venía en primera al referido pueblo.

Era éste Magallanes, único que vimos desde nuestra salida de Europa, y una de las colonias que la República Chilena posee en la Patagonia.

El pueblo es reducido, rodeado de varios montes y colinas, algunos coronados de nieve y viéndose en otros una exuberante, pero inculta vegetación, compuesta de grandes bosques de gigantescos árboles.

La mayor parte de las casas son de madera pintadas de encarnado.

Yo creí que nuestra permanencia en dicho puerto sería momentánea; pero al ver que se llenaban ciertas formalidades oficiales, com-

la de venir la falda de Sanidad y otras, comprendí que se prolongaba la estancia, corroborándolo la acción de botar al agua un esqui de nuestro barco, ocupándolo uno de los pilotos, el médico y otras personas para saltar á tierra.

A poco de esto, algunos botes de Magallanes rodeaban el vapor, ofreciéndonos sus tripulantes mercancías, como tabaco, pan, latas de conservas y otros artículos, pero á elevadísimos precios.

Al otro día, 30 de Diciembre, á las dos de la madrugada seguimos la marcha.

Cuando subí á cubierta serían las siete de la mañana: era ésta fría y desapacible: teníamos á un lado, y á una distancia que no excedería de un tiro de pistola, las costas de la Patagonia: una larga cordillera de montañas cubiertas de nieve hasta la mitad de sus faldas y su base poblada de pinos endebles y raquíticos: al otro y á igual distancia próximamente otra gran cadena de montañas elevadísimas y de forma cónica, escuetas y escarpadas, de aspecto volcánico y sin vegetación alguna, perteneciente á la Tierra del Fuego.

Grande y magestuosa es la vista que presentan las dos cordilleras: no sería posible encontrar allí en España sitio que se asemeje á este; es de un golpe de vista grandioso.

Extasiado me hallaba en la contemplación de este paisaje, cuando oí una inmensa gritería: era que varios piraguas de indios patagónicos habían rodeado el vapor y le seguían en demanda de collatos.

El comandante les arrojó un saco de ellas y nosotros también las que pudimos.

¡Qué infelices! estaban casi desnudos hombres y mujeres, de aspecto salvaje; de cabellera negra, lacia y revuelta, vistiendo sencillamente unos ropajes sin mangas, de pieles, de no sé qué animal, pero algunas preciosas. Al cabo de un rato les perdimos de vista. Manejaban los remos con extraordinaria destreza.

Se me olvidaba consignar que, más ó menos, no cesó de nevar en todo el día.

En esta zona es ahora verano y con estos frios; el invierno, ¿qué será?

Las aguas del Estrecho estaban tranquilas como pudieran estarlo las de un río caudaloso de mansa corriente.

A las seis de la tarde salimos del Estrecho, entrando en el Océano Pacífico. El comandante, durante este paso había estado 72 horas sobre el puente sin descansar noche y día.

El día 31 amaneció lluvioso: un fuerte viento soplabá con vertiginosa furia; las crecidas olas chocaban contra el casco del vapor con tal fuerza, que no pudiendo nadie permanecer de pie teniendo estrellarse, no salimos de los camarotes casi nada. Todo el día y parte de la noche continuó de la misma manera, hasta que, al día siguiente, 1.º de Enero del joven 90, apareció tranquilo, aunque algo nublado, pero sin correr el fuerte vendabal del día anterior y cesando las olas en su terrible lucha.

El día 4 del corriente á las once de la mañana, dieron la voz de tierra: el día estaba hermoso y el mar en calma: por la parte de proa y hacia la derecha descubrimos en el horizonte la siueta que formaba la costa chilena, entrando el vapor á las dos de la tarde en la bahía de Talcahuano, término de nuestro viaje marítimo, en donde estuvimos fondeados hasta el día 7, que saltamos en tierra.

Es éste un pueblecito de escasa importancia y la poca que encierra es debida al desembarque de la inmigración europea. Las casas son de madera casi todas: tiene un ferrocarril en explotación que conduce á la Con-

cepción, capital de la provincia: la estación está dentro del pueblo. En los alrededores de dicha estación y á la hora del desembarque, había infinidad de vendedoras chilenas con sus mesitas, constituyendo un pequeño comercio ambulante de pescados fritos, brevas, albaricoques, cerezas, uvas, alcachofas, melocotones, tabaco, etc., etc., con los precios más módicos que creíamos en España.

A las tres de la tarde del mismo día, embarcamos en un tren exprés todos los inmigrantes y equipajes para la Concepción, llegando á dicha capital á los veinte minutos, y se nos instaló en la «Hospedería de Inmigrantes»

El trato en ella no fue malo; á las ocho de la mañana café con un mollete, á las once el almuerzo con abundante carne, á las cuatro de la tarde la comida y á las 8 café otra vez con mollete.

Respecto á cama, no había más que el tablado, en donde se colocaban los colchones, mantas y otros objetos análogos que cada uno traía.

Pero con respecto á esto y en honor á la verdad, debo manifestarle que al siguiente día de mi llegada, tuve ocasión de ver un buen edificio que están habilitando para inmigrantes, con camas y otras comodidades, reuniendo al mismo tiempo las condiciones que exige la moral y la higiene, cuyo laudable pensamiento se debe á D. Esteban Iriarte, persona ilustradísima y amante de inmigración en la antedicha ciudad.

De la hospedería provisional, excepto unos 300 agricultores que se colocaron en Concepción, salieron la mayor parte para Talca y Valparaíso, y los restantes para esta capital de la República.

Para terminar, le diré: que durante la travesía hemos tenido dos defunciones; un hombre y una mujer, enfermos antes de embarcar, y cuatro niños de corta edad que también embarcaron con su salud quebrantada.

Alumbramientos, dos. Muy pocos quedan por colocar, excepto algunos franceses é italianos y españoles de «levita»

Reciba, con ésta la muestra de la más alta consideración y cariño de su afino. amigo y corresponsal,

Rufino López.

LOS MOVIMIENTOS DEL CORAZÓN.

Los movimientos del corazón pueden retardarse ó acelerarse según las circunstancias.

El curarè, el autiuro, el veneno de las flechas empleado en Java y que se extrae del árbol del mismo nombre, la digital y su extracto la digitalina, de que se sirvió el homeópata Lapommeraye para envenenar á la señora de Paw, son sustancias que tienen la propiedad de detener los movimientos del corazón: es así como la bilis, en la ictericia, obra de la misma manera; y por el contrario, el café y la nicotina con la cual de Bocarmé envenenó á Gustavo Foulés, aceleran los movimientos de este órgano.

El espesamiento de la sangre, ya sea en cantidad, como sucede en las hemorragias abundantes ó en calidad, como en las anémias, aumenta la frecuencia de los latidos del corazón y produce palpitaciones.

El estado febril y las influencias morales

aumenta también los cas.

Corvisart, hacía jugar á las influencias morales, un importante papel en la producción de las enfermedades del corazón.

El ilustre médico de Napoleón I, pensaba que la Revolución había contribuido considerablemente en el aumento de las afecciones de este órgano y si después de esta época se ha comprobado la existencia de un número más considerable de estas afecciones, consiste en que son mejor conocidas que lo eran en otros tiempos.

La facilidad con que los impulsos del alma obran sobre el corazón, nos lleva á atribuir á este órgano todos los sentimientos que experimentamos.

Por eso se encuentran en todos los idiomas, locuciones populares que hacen del corazón las fuentes de nuestras pasiones.

De aquí nacen las expresiones conocidas *«un hombre sin corazón ó un corazón de roca: un buen corazón; un valeroso y noble corazón; un corazón partido, para caracterizar el egoísmo, la bondad, el valor, la generosidad y el dolor.»*

No se debe tomar al pie de la letra la sentencia: *«á mala cabeza buen corazón»* que se aplica á la ligereza, asociada á la bondad.

«que todos los grandes pensamientos nacen del corazón y según San Mateo, Jesucristo ha dicho, que es el corazón en donde nacen los malos pensamientos.»

La costumbre de considerar al corazón como al centro del alma, ha introducido el uso aun practicado en nuestros días, de sepultar aparte el corazón de los grandes personajes.

Entre otros ejemplos, citaremos el de Enriqueta de Francia, reina de la Gran Bretaña, cuyo corazón se conservaba en la iglesia de las religiosas de Santa María de Caillot.

La historia del corazón de algunos hombres ilustres es conocida por muchos.

En el siglo V. Gudrana, mujer de Atila, rey de los Hunos, se vengó del asesino, presentando el corazón de sus dos hijos, en un banquete suntuoso.

Mas tarde, el populacho de París devoró el corazón del mariscal D. Ancre, y el populacho en el Haya, el corazón del primer consejero de Estado Witt.

El corazón de Voltaire, pasó á manos del marqués de Villette, quien se apoderó de él en el momento de practicar la autopsia: «después de haber estado—dice J. Junin—en poder de los anticuarios, actualmente es un tesoro olvidado en poder de un obispo enemigo irreconciliable del nombre de Voltaire.»

El mismo autor refiere, que el corazón de Descartes ha sido más afortunado, pues conservado en la iglesia de San Olaf en Stokolmo cuando fue vuelto á Francia, el rey de Suecia ordenó que se respetara la tumba en que yacía, la cual es actualmente objeto de veneración en Suecia.

El corazón de Grétry, estuvo como el de Voltaire, expuesto á la misma suerte, pues al ser trasladado, faltó poco para que en su país natal, nadie se ofreciese á satisfacer el precio de traslación de aquel precioso recuerdo.